

## **Para una crítica de la cultura de la violencia en Colombia**

*Gabriel Jaime Murillo Arango\**

Pues ¿Quién, si no, habría de enseñar el ritmo a un mundo muerto entre máquinas y cañones?

¿Quién, si no, proferiría el grito de los muertos y los huérfanos despertados en el nuevo crepúsculo?

Decidme ¿quién, si no, devolvería a los hombres de esperanza desgarrada el gusto de la vida?

Nos llaman hombres del algodón, hombres del café, hombres aceitosos, nos llaman hombres de la muerte.

Pero nosotros somos los hombres de la danza, cuyos pies sólo adquieren fuerza cuando golpean el duro suelo.

*Leopold Sedar-Senghor*

---

\* Magister en Historia de Colombia. Universidad Nacional de Colombia. Licenciado en Filosofía e Historia Universidad de Antioquia. Catedrático de la Universidad de Antioquia

**C**ultura de violencia, cultura de la muerte (término este último que se propagara como eco en la voz del cardenal Alfonso López Trujillo): Dos nociones intercambiables que parecen designar una forma colectiva de necrofilia que se encarna en particular con los niños y los adolescentes, normalmente ajenos a la maquinaria de una guerra que, a pesar de todo, les ha transformado muy pronto de víctimas en victimarios. ¿Cómo explicar esta paradoja que habita en los barrios, en los que todo sería poético y encantador si la muerte no zumbara en cada rincón, en cada calle, en cada esquina?

### *I*

En un cuadro cuyo tema figurativo central es la cultura de la violencia juvenil en Medellín de los años ochenta, se aprecian los más variados matices que oscilan desde el azul de Prusia hasta el rojo sangre. Los trazos de Gabriel Jaramillo Echeverri dejan ver la inservicialidad del modelo cultural antioqueño manifiesta en la pérdida total del control sociocultural, configurando así una fatal tendencia hacia la autodestrucción. Tres colores sirven de base en la descripción de una situación calificada con los adjetivos enfermiza o patológica: el rasgo peculiar de la personalidad del antioqueño, individualista y agresivo, “fácilmente violento y recurrente a los objetos externos como piedras, cuchillos y armas de fuego para descargar su violencia”; “la solitariedad (sic) de la cultura antioqueña a través de su historia” y el más reciente fenómeno de urbanización masivo; con los que se obtiene el dibujo inacabado y fatal de una cultura lumpen, sicarial o marginal, o de una cultura de la muerte.

Con una tonalidad más suave acaso, vemos surgir a narcotraficantes y sicarios como los nuevos actores sociales que no consuman una ruptura en el orden ético tradicional, sino que emprenden a su manera una adecuación funcional del ethos cultural profundamente católico de los antioqueños en procura de la obtención de bienes de riqueza material y de poder. La mirada de un jesuita analista de la función y disfunción del catolicismo en la crisis actual de Medellín describe así el perfil moral de sus protagonistas: “son irnos católicos que viven un catolicismo residual, sui generis: pagan promesas a los santos, usan escapularios, rezan en las iglesias, mandan a decir misas, le tienen devoción a los santos, les hacen novenas etc.”.

Llevar este razonamiento teo-sociológico hasta sus últimas consecuencias, induce a concluir que la emergencia histórica de estos agentes sociales trajo consigo un cambio decisivo en la escala tradicional de los valores, según el cual “el sentido

de la vida ha sido desacralizado, su dimensión religiosa ha sido marginada”, la vida ha sido reducida a una pueril mercancía. De ahí que para el diseño de una estrategia de acción pastoral, conviene reconocer la existencia de un estado de laicización de la sociedad, en cuyo seno es menester reinsertar “el ideal de una vida de amor en comunidad”, valga decir, en la familia y en la parroquia. Sobre estas dos unidades básicas descansará pues cualquier empresa de reforzamiento de los dispositivos de control social y moral que logren evitar el estallido de los conflictos. En el caso eventual de ver configurarse un proyecto social semejante estaríamos asistiendo, sin duda, a la extensión del dominio de un poder pastoral que funda sus sólidos cimientos en la policía de la familia.

Acaso sin proponérselo, *No nacimos pa' semilla* de Alonso Salazar se ha convertido en un verdadero pivote multiplicador ante la opinión pública de la noción de cultura de la muerte. Ver desde esta perspectiva el surgimiento de las bandas juveniles del valle de Aburrá en los años ochenta significa, para este cronista, el reconocimiento a priori de una situación anómala, desviada y perturbadora. —En fin, como lo es toda herejía— “las herejías son siempre expresión del hecho concreto de que existen excluidos. Si rascas un poco la superficie de la herejía, siempre aparecerá el leproso”, dice Guillermo de Baskerville, el conspicuo investigador de *El nombre de la rosa*). La anomalía no nos impide observar, sin embargo, cómo los protagonistas en este escenario de violencia urbana, el traquetero y el sicario, provienen de allá afuera, de los márgenes mismos de la sociedad, de esas zonas bastas llamadas barrios populares, y que representan algo así como ‘la llaga, la manifestación extema de una enfermedad que recorre todo el cuerpo social’. Indagar por el foco de infección es también indagar por la tradición social y cultural de los paisas, en la que se verá despuntar confusamente el rostro de aquellas dos figuras envueltas en capas superpuestas de tradición y modernidad.

No pocos de aquellos elementos atávicos que caracterizaron las gestas de la minería y la colonización quedaron sumidos en el ensueño de la nostalgia al no lograr integrarse en una cultura urbana, no obstante, otros renacen o perviven con mayor fuerza: el afán de lucro y de acumulación aunado al espíritu aventurero, la religión como eje de la personalidad, la figura omnisciente de la madre, la tradición del guapo (figura que se recorta sobre un plano continuo para desdoblarse en la del camaján, especialista en puñal, y la del pistolero o sicario de hoy); a los cuales se sumaron otros más adoptados de la modernidad: el consumo compulsivo y el gasto desmedido, el sentido efímero de la vida, la exaltación de la muerte, en fin: no futuro. ¿Qué es pues esta cultura de las bandas

juveniles? Al parecer un producto monstruoso, informe o, cuando menos, todo un híbrido: “es pues una mezcla de lo añejo y lo moderno, de lo rural y lo urbano, de lo andino y lo antillano, de lo católico y lo pagano”. Lo cierto del caso -concluye Salazar- es que ante el inmenso vacío dejado por la quiebra de los valores tradicionales, hay que romper el escepticismo, mientras sean potenciadas las cargas positivas de esta cultura “tan capaz de hacerla muerte como la vida”. O, para decirlo en una palabra, ante la crisis de los valores, bien vale un discurso positivo de fe y esperanza.

Destaca en el cuadro un ensayo de interpretación de la actual coyuntura de violencia visto a la luz de un proceso histórico de larga duración, entendido aquí como el marco del proceso de constitución de la nación colombiana. En el punto de partida de los trabajos de María Teresa Uribe de Hincapié se sitúa, una y otra vez, una cierta positividad de la violencia de carácter universal, lo cual implica que todas las sociedades soportan márgenes tolerables de violencia sin que sea perturbado el orden social, umbrales de tolerancia de la violencia de raíces históricas y culturales, cuyas formas de expresión se encuentran tanto en el ámbito de las relaciones de dominación política, como en el ámbito de las diferencias sociales y de los contextos territoriales. En el caso colombiano, donde operan estrechas identidades colectivas y una amplia fragmentación regional, es decir, un alto grado de atomización social, los umbrales de tolerancia a la violencia se sitúan a una altura proporcional a la incapacidad del régimen en el ejercicio del mando y de la dominación política. Dicho en pocas palabras, “la violencia es pues como una medusa; puede tener muchas cabezas, múltiples rostros, pero un solo cuerpo: la pérdida de legitimidad, la carencia de poder”.

La pérdida de legitimidad, o deslegitimidad histórica, hunde sus raíces en “los destiempos y los desencuentros” que han marcado este largo y complejo proceso de formación nacional. Destiempos al momento mismo del suceso de la consumación de la guerra de independencia, en los que se inscribe la aparición sui generis de un estado que precede a la nación, no siendo ésta más que una creación intelectual proyectada en un sistema jurídico y en una carta constitucional, sin soportes materiales ni referentes concretos que sirvieran de base a la legitimación del poder. Desde los tiempos fundacionales de la república quedaron abiertos espacios de exclusión: allí, la sociedad mayor, los blancos, los centros poblados, la civilización; aquí, el resto, las etnias dominadas, los vastos territorios en ciernes de ocupación, la barbarie. Espacios que son reflejo de “ese proceso dialéctico y contradictorio de la exclusión-inclusión, (que) amplia-

ron los umbrales de tolerancia a la violencia y han permitido la existencia de una paradoja bien difícil de explicar”. La puesta en juego de un simplista esquema binario, con dualidades antitéticas: lo imaginario/lo real, espacio nacional/espacios locales y regionales, poder formal y legal/poder real y disperso, país formal/país real, permite observar un relativo equilibrio en el funcionamiento de una “sociedad tradicional”, de acuerdo con el cual, mientras en un lado predominan las precarias legitimaciones revestidas de constitucionalismo y legalismo en las prácticas de regulación social, en el otro éstas se logran mantener gracias a las relaciones de solidaridad, convivencia y diferenciación gestadas en la vida común, anudadas con fuerza a los variados dispositivos de poder locales y regionales. Pero en este proceso hubo de irrumpir la modernidad en la sociedad colombiana -tal vez hacia los años cincuenta- dejando tras de sí “los controles sociales ejercidos (antaño) desde la cultura pueblerina y campesina... Mientras la sociedad fue predominantemente campesina y pueblerina, cuando aún no existían sindicatos y asociaciones de carácter gremial y sólo había partidos de élite, los asuntos de la gobernabilidad eran prácticamente irrelevantes, pues rara vez lograban insertarse en la órbita de lo público”. Aún si se nos antojan cómodas estas pobres verdades de perogrullo, es lícito dudar acerca de la afirmación de un pasado en Colombia del siglo XIX y primera mitad del siglo XX que hizo inocuos o cosa de poca monta “los asuntos de gobernabilidad”.

Se tiene a veces la impresión de que la reificación de un paradigma conceptual cuando no se acompaña del suficiente acopio de información factual, no tarda en anular los objetivos de la búsqueda. Sea el ejemplo del paradigma de inclusión-exclusión, puesto al servicio de una interpretación globalizante sobre el tortuoso camino de afirmación de la identidad nacional. ¿Será adecuado o suficiente para explicar fenómenos sociales de múltiples dimensiones, como por ejemplo, la historia del poblamiento en la geografía colombiana? Son acaso todas las áreas de colonización efecto de políticas de exclusión, áreas de refugio de derrotados, subversivos, perseguidos y rechazados por la sociedad mayor? Hasta dónde podrá llegarse por el camino de discriminar espacios de exclusión en todas las latitudes y etapas de evolución en búsqueda de la fuente original de la violencia? Respecto al territorio que el destino nos obligará a ocupar, María Teresa Uribe de H. responde: “el espacio de la exclusión es el espacio de la pobreza vista como carencia de bienes y servicios, como ausencia de recursos materiales, como vacíos de alternativas vitales, como cierre de posibilidades. Pero es mucho más que eso. Es también frustración, rabia, miedo, impotencia, inseguridad, segregación socioespacial y política”.

En suma, la exclusión de las comunas pobres de Medellín significa la negación del derecho a la ciudad para más de 500.000 habitantes que nacieron y crecieron de espaldas a la urbe primada, privilegiada, la que posee excelentes servicios públicos, amplias avenidas, magníficos centros educativos, viejas zonas industriales y florecientes actividades culturales.

Dos ciudades en guerra, aquí “la urbe primada, la normatividad dominante, la riqueza; allá, hacia las laderas del nororiente la pobreza, la frustración, la anomia”. Ahora bien, desde hace un buen rato las explicaciones de la violencia que se fundamentan en la frustración de determinados sectores sociales han mostrado serias dificultades en lograr una base empírica para su aigumentación. Quiere esto decir que no se puede sustentar que los actores de los procesos de violencia colectiva padecen invariablemente una situación de frustración o son sujetos de la anomia, como tampoco se pueden correlacionar situaciones de este tipo con desencadenamientos de procesos de violencia. Las expectativas frustradas sin duda pueden ser un ingrediente de las acciones violentas, pero en la generalidad de los casos éstas se encuentran enmarcadas en contextos desde los cuales es preciso aislar el tipo de intereses específicos, los actores en conflicto, organizaciones, recursos, etc. Como lo afirman Camacho y Guzmán, “ni la pobreza ni el descontento político generan por sí mismos procesos de violencia”. De otra parte, al situar los remotos orígenes de la nación en la obra de un demiurgo, creación intelectual de los gestores de la independencia —luego prolongada a través de ese referente trascendente que toma cuerpo en el bipartidismo—, se asignan paralelamente al Estado atribuciones omnipotentes y omnipresentes al punto de hacer desaparecer el espacio en que destacan otras formas de expresión de relaciones sociales tanto públicas como privadas, que no se refieren directamente al campo de dominio del Estado o de los partidos políticos. No sólo hay hechos de violencia no inscritos en la contienda por el poder de los aparatos de Estado —a pesar de lo cual no dejan de tener un sentido político— sino, además, ellos son representativos de una forma más generalizada que posee sus propios espacios de reproducción en los medios urbanos. Como se sabe, es ésta la tesis central que compendia los trabajos expuestos en la famosa Comisión de violentólogos de 1987.

### **III**

Una de las contribuciones más significativas de la sociología de nuestro país en los últimos años se consigna en el libro *Colombia: ciudad y violencia* escrito por Alvaro Camacho Guizado y Alvaro Guzmán Bamey. Derivado de una concepción

que tiende a privilegiar el campo de las relaciones sociales desde el cual puedan comprenderse mejor las bases y el comportamiento de las múltiples violencias, es éste un trabajo no reductible a un estudio monográfico sino uno que aporta valiosas consideraciones conceptuales para la elaboración de una teoría sociológica de la violencia urbana. Sean sus autores quienes hagan la presentación del texto:

Una investigación sobre la naturaleza social de la violencia deberá proponerse aportando bases para comprender cómo las combinatorias de violencia en todos los campos sociales y en múltiples ámbitos de las relaciones de las personas actúa para activar los resortes que no permiten que en una sociedad se abran espacios para su transformación a partir de prácticas que no necesariamente impliquen la eliminación de quienes se oponen a los proyectos colectivos o individuales, públicos o privados. Tal investigación, a partir de reconocer que no es posible formular una teoría única que ubique a la violencia en una determinación estrechamente estructuralista, del tipo “violencia y descomposición social”, “violencia y pobreza”, o “violencia y anomia”, tendría que examinar tanto la naturaleza de los actores que despliegan las prácticas violentas como los espacios sociales en los que ellas son activadas, para llegar a dilucidar la índole del orden social en que esta violencia se institucionaliza. A partir de allí es posible obtener una teoría concreta de la violencia, es decir, una visión no caótica del conjunto.

Proponer una visión relacional de la violencia significa auscultarla razón de ser de las acciones violentas y de los mecanismos de participación de los actores sociales, para llegar a la estructura en donde se producen o reproducen determinados tipos de violencia y a los equilibrios de fuerza que se van generando. Acceder a la comprensión de las mediaciones que se establecen entre la acción y la estructura (que van más allá de la dicotomía individuo-sociedad), es la vía para eludir los enfoques globalizantes del estructuralismo y del subjetivismo: “la estructura sin actores es una escena vacía del estructuralismo. Los actores sin estructura son puras fantasías del historicismo”. Con la introducción de la noción escenarios de violencia, cuya eficacia metodológica reside en poder describir las relaciones existentes entre actos violentos y su sentido específico en los campos de conflicto social en que se dan, se conforma un diagrama en función de tres ejes que expresan

modalidades opuestas de violencia conectadas a su vez con las motivaciones correspondientes de los sectores en pugna, el de la economía —concretado en modalidades de violencia desde y contra la propiedad, acumulación/supervivencia—; en el de la política —concretado en las pujas por la dominación y el control políticos dominación/rebeldía—; y en el de la ética de la convivencia —en cuanto manifestación de relaciones de intolerancia/identidad—. Cabe esperar resultados positivos derivados de una adecuada aplicación de esta noción en los estudios sobre la violencia en Colombia, que permita entender cómo se configuran las relaciones sociales violentas, lo cual haría posible a su vez encontrar el principio de la explicación de su por qué. Por lo pronto, la puesta en práctica de dicha estrategia metodológica ha permitido avanzar primero, en la percepción de una violencia no reducida exclusivamente al ámbito de la delincuencia y la marginalidad urbana, sino articulada con procesos más amplios de tipo regional o nacional, aunque con especificaciones diferentes en cada caso, así le veremos atravesar el orden social global tanto al amparado por la legalidad como a aquel que no lo está; segundo, pese a la existencia de más elevadas tasas de violencia urbana que las rurales, nada autoriza a inferir que la urbanización sea directamente causal de la violencia.

Es menester hacer énfasis en que se trata de un estudio de coyuntura sobre la violencia urbana de los años ochenta, especialmente en Cali. No sólo en razón de la inmediatez del objeto de estudio —apuntando al corazón del presente— sino también porque aparenta ser más una figura proteica que cualquiera otra cosa, no es éste un vademécum que guarda los secretos de una teoría sobre las causas de la violencia. Consecuente con el estatuto de la investigación, predomina en la exposición la descripción analítica detallada sobre las explicaciones de orden genérico, procedimiento que es definido como una combinación de lo analítico con lo sintético. Una primera fase consiste en la disección del fenómeno de la violencia en Cali, descompuesto en hechos, actores, modalidades, recursos, labor que se facilita con la ayuda de conceptos como escenario y campo de conflictos. Para conjurar los riesgos de perder, en un mar de minucias y de cifras, el hilo conductor que explica la naturaleza de la violencia y de la estructura social local, se dispone en una segunda fase de síntesis el establecimiento de relaciones entre los campos de conflicto y la elucidación de las diferentes combinatorias de sentidos que en estos se generan.

El estudio empírico sobre la violencia caleña en la década de los ochenta revela puntos de inflexión bien marcados entre los años 1985-1986, que designan bruscas variaciones en la primacía, ora de la violencia política, ora de la reactivación

de toda forma de violencia en el campo social, cuya explicación no se agota en la circunstancia de la presencia guerrillera en la ciudad. Durante estos años en Cali el desborde de la violencia manifiesta las limitaciones y contradicciones de la ideología y de las prácticas filantrópicas, las mismas que fueron elevadas hasta hace poco tiempo como virtual arquetipo del poder hegemónico y que toman cuerpo en tres paradojas: La acción de los escuadrones de la muerte que se arrogan la facultad de administrar justicia por mano propia, es el inicio de un “proceso de privatización de la política y de politización de la violencia”, conforme al cual se encuentran tanto amenazadas la legitimidad del Estado como la acción filantrópica. A su vez, las acciones de limpieza colectiva y de justicia o venganza privadas suscitan un ambiente de terror generalizado, haciéndose visible de manera dramática en el abandono de los lugares habituales de encuentro y en la desolación de la noche callejera. Una tercera paradoja, desbordante por sí misma, se revela en la yuxtaposición simbólica de la consigna “Cali limpia, Cali linda”, que ayer plasmara los más sanos objetivos de convocatoria ciudadana por parte de la hegemonía filantrópica mientras hoy aparece inscrita en el cartel ominoso que pende del cuello de las víctimas. Pero algo más que límites en la acción de los sectores hegemónicos, lo que dicha conjunción de hechos de violencia indica es la reproducción en el espacio de las relaciones interpersonales privadas de las lógicas operantes en el orden social global.

Los alcances e implicaciones teóricas y empíricas de la temática abordada particularmente en el capítulo VIII titulado “la estructura social, la hegemonía filantrópica, el orden social y la violencia”, tiene para nosotros urgente interés en virtud de la apertura de nuevas líneas de investigación. En la página final leemos: “Así como habría dinámicas de violencia regional se podría entonces hablar de ciertos rasgos típicos de las burguesías locales. Creemos a este propósito que la comparación entre el caso antioqueño y el vallecaucano puede ser muy fecunda. Hipotéticamente habría que destacar las fisuras y resquebrajamiento en la hegemonía local de la burguesía antioqueña y al mismo tiempo la organicidad y capacidad de integración para la dominación en el caso vallecaucano contemporáneo. Es notorio al respecto que los hechos de violencia para la ciudad de Cali hayan disminuido notablemente después de 1986, mientras que en el resto del país las cifras siguen aumentando y particularmente en Medellín hasta hoy la dinámica de violencia parece incontenible. El tipo de hegemonía permite entonces pensar también en posibilidades de control y de alternativas a la violencia que se captan y validan mejor en su comprensión regional”. A nosotros corresponde, pues, aceptar

**Revista Educación y Pedagogía No. 7**

el reto que nos plantea la necesidad de estudiar el caso concreto de la razón de ser de las múltiples violencias que azotan a Medellín.

### BIBLIOGRAFIA

1. CAMACHO GUIZADO, Alvaro y GUZMAN BARNEY, Alvaro. *Colombia: Ciudad y violencia*. Ediciones Foro Nacional por Colombia, Bogotá, mayo 1990.
2. Corporación Región. *Violencia Juvenil: Diagnóstico y Alternativas*. Edición Corporación Región, Medellín, septiembre 1990.
3. SALAZAR J., Alonso. *No nacimos pa' semilla*. Ed. Corporación Región-Cinep, Medellín, 1990.
4. Varios autores. *Colombia: Violencia y Democracia*. Publicaciones Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.
5. URIBE DE HINCAPIE, María Teresa. "Los destiempos y los desencuentros: una perspectiva para mirar la violencia en Colombia". *Revista Universidad de Antioquia*, vol. LIX, No. 220, abril-junio 1990, Medellín.
6. *Revista Cien días*, vol. 3, No. 11, julio-septiembre 1990, Bogotá.
7. *Revista Gaceta*, No. 8, agosto-septiembre 1990, Bogotá.
8. *Revista Opción*, No. 24, agosto 1990, Bogotá.
9. *Revista Semana*, Edición No. 408, febrero 27-marzo 6 de 1990, Bogotá.
10. *Revista Universidad de Antioquia*. Números 209, 215, 218,220, Medellín.